

Cosas que hacer después de morir

Ella había hecho una lista.

Porque ella amaba las listas. Hacía listas de libros, películas, lugares, personas que quería ver. Listas de la compra, del equipaje, de propósitos de año nuevo, de regalos de cumpleaños.

Ella había hecho una lista porque ella había hecho todas las listas importantes desde que se conocieron.

La lista de ciudades a visitar durante aquel verano que pasaron en Italia y que sería el primero de su vida juntos, la lista de la compra del primer piso que compartieron, la lista de cosas que debía devolverle tras la primera ruptura, la lista de defectos que cambiarían después de la segunda reconciliación, la lista de invitados a la boda. La lista de nombres para el niño. La lista de nombres para la niña. La lista de invitados a cada uno de sus cumpleaños.

La lista de cosas que hacer antes de morir.

Había hecho la lista una tarde lluviosa de Noviembre, con un café caliente entre las manos y los pies apoyados en el radiador. Él la miraba de reojo desde el sofá y ella escribía inclinada sobre el papel, con la punta de la lengua entre los dientes.

Recuerda ese momento porque fue entonces cuando se dio cuenta de que la quería más que a nada que hubiera querido nunca en el mundo. Recuerda ese momento porque ahora es el más triste de todos sus instantes.

Había hecho una lista y se la había leído mientras se ponía el sol. Él acariciaba su nariz y sus orejas y ella intentaba hablar sin reírse. Y no lo conseguía, y eso les hacía tan felices.

Era una lista larga, así que aquella misma noche habían empezado a cumplirla.

Y nunca el universo conoció dos personas más perseverantes. Tan solo dos años después habían conseguido tachar casi la mitad de los puntos de la lista. Claro que también habían añadido nuevos, y habían borrado algunos que con el tiempo habían dejado de parecerles tan importantes. Y habían dejado unos pocos por imposibles.

Lo estaban haciendo bastante bien. Hasta que ella tuvo que dejar de tachar propósitos de la lista para empezar a escribir una nueva.

Cosas que hacer después de morir.

Él no la vio escribir esa lista. La escribió sola, en una mañana de verano, poco después de amanecer. El dormía a su lado, y ella empezó a rellenar un pequeño cuaderno gris de cuadrícula con palabras que nunca tacharía.

Tampoco se la leyó nunca.

La metió en un sobre y la dejó en el armario, escondida entre su ropa. Esperando el momento adecuado. Las cosas pequeñas siempre saben cuándo es su momento.

El día que él encontró la lista llovía. Era diciembre, la Navidad se acercaba tan deprisa como se acercan esas cosas que no queremos que lleguen. Hacía frío fuera, había preparado café y lo bebía a sorbos sin esperar a que se enfriara lo suficiente. Nadie escribía con los pies apoyados en el radiador y la lengua entre los dientes.

Buscó entre sus jerséis viejos y encontró uno que aún olía a ella. Al ponérselo la lista se cayó al suelo. Estaba metida en un sobre marrón. En el remite decía “Para el frío”.

Él rompió a llover. El café se enfrió. Anochecía.

A la mañana siguiente la lista seguía en el suelo del salón. Las cosas pequeñas no suelen moverse de sitio solas.

La abrió sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el radiador.

Era una lista larga, escrita con esa letra apretada y torcida que nunca había conseguido entender sin entrecerrar los ojos y torcer el gesto. Esa letra que ella usaba para las cosas sencillas. Esa letra que solía decir compra papel higiénico, Lidia se queda en casa de los primos, te quiero.

Esa letra que ahora decía Cosas que hacer después de morir. Dos puntos.

Pensó por un pequeño momento en lo curioso que es que la misma letra y las mismas letras se combinen de formas tan distintas. Que la misma persona que antes le hacía reír bajo la manta ahora le hiciera tiritar de lluvia junto al radiador.

Después pensó que no quería abrir la carta. Que no leería la lista. Porque si la leía tendría que cumplirla. Y no se veía capaz de no conseguirlo.

Pensó que si nunca sabía lo que tenía que hacer, nunca fallaría intentándolo. A veces las personas somos tremendamente retorcidas.

Pensó todo aquello durante un periodo de tiempo tan pequeño que no se dio cuenta de que lo estaba pensando. Así que abrió el sobre. Y sacó la lista.

Y entonces, justo entonces, comprendió que había pensado que no quería leer la lista. Pero ya era demasiado tarde. Porque la estaba leyendo.

La estaba leyendo sólo, con un café templado en la mano y la espalda en el radiador. Pocos días antes de una Navidad que temía cada segundo un poco más, pocos meses después de que la vida se llevara la única Navidad en la que había creído nunca.

La estaba leyendo y estaba viéndola a ella escribir. Sonreír con la lengua entre los dientes y el lápiz enredado en el pelo rizado negro. Y la luz del amanecer en las pestañas.

La estaba leyendo, mientras el invierno crecía fuera y la noche se comía el día, y podía sentirla sonreír a su lado entrecerrando los ojos al escribir “cielo afeitado, debes de estarte pisando la barba ya”.

La estaba leyendo y no quería hacerlo, porque la sentía llorar en silencio al escribir “Sergio quiere un dinosaurio por su cumple”. Y no podía abrazarla, y no podía decirle que hacía una semana del cumpleaños de Sergio, y que le había regalado un diplodocus que movía el cuello de lado a lado. Y qué él había sonreído precioso.

Pero podía tacharlo. Y podía afeitarse. Y podía hacer casi todo lo que ella había escrito para él. Podía enviar un verso de Neruda a cada persona que estuvo en su funeral, aunque le parecía una broma de mal gusto. Pero podía hacerlo.

Podía pedirle perdón a su cuñado por no haber ido a la última barbacoa, por haber inventado esa excusa tan estúpida que nadie había creído. Podía incluso invitarle a casa y hacer la barbacoa allí.

Desde luego que podía grabar un disco con las veintisiete mejores canciones para dormir (las sabía, estaban en una lista que ella había escrito durante un viaje en coche) y dejarlo en su tumba “por si tengo pesadillas y no estás para que te abraze”. Le dolería hacerlo, pero podía.

Y podía tirar la camisa azul vieja y rota que siempre le pedía que tirara, y podía plantar tulipanes en la maceta del balcón. Y podía ir al mar y gritar su nombre. “Siempre he querido hacerlo pero se me antojaba egocéntrico, ya ves”

Pero no sabía si quería hacerlo.

Porque cumplir las cosas de la lista de cosas que hacer después de morir era horrible.

Porque era admitir finalmente que había llegado ese momento. Que estaba en después de morir. Que ahora, que hoy, que siempre a partir de que él empezara a tachar cosas de la lista, era después de morir ella.

Y era tan duro aquello que le rompía por dentro sólo pensarlo. Le dolía imaginarse aceptando el futuro sólo, porque eso significaba que estaba dispuesto a olvidar el que habían planificado juntos.

Y no lo estaba.

A veces somos así de estúpidos los humanos. A veces pensamos que si no aceptamos que algo ocurre, dejará de ocurrir. A veces somos insoportablemente egocéntricos.

Suspiró y se levantó. Era de noche, caminó tres pasos y encendió la luz. Esperó a que la habitación se iluminara del todo observando el vacío. El desorden. La nada.

Los niños llegarían al día siguiente por la mañana. Y con ellos la rutina. Si es que es posible la rutina con una lista como esa en la mano.

Escondió las manos dentro del jersey y se dejó caer bocarriba en la cama. Había un punto en la lista que decía “Pega estrellas en el techo, así no tendrás que esperar hasta el verano para dormir mirando constelaciones”. La verdad es que eso era buena idea.

Había otro muy bueno también “Quiere a quien te quiere, yo lo hice y me fue bien”

Y había uno tachado, el número 15 “Ve a un concierto de los Rolling y llora cuando canten Angie”. Al lado ella había escrito “Ya lo hicimos eso, te vi. Llorabas. Cursi, que eres un cursi”

No pudo evitar sonreír.

DATOS PERSONALES

NOMBRE Marina Bolaños Urruela

DIRECCIÓN Calle Sierra de Pedroso, 33 Villanueva del Pardillo (Madrid – 28229)

TELÉFONO 696522019 (actualmente en el extranjero +359 87 792 5954)

DECLARACIÓN DE LA AUTORA

Yo, Marina Bolaños, autora del texto “Cosas que hacer después de morir”, cedo los derechos de la obra a la revista Adiós, para su publicación en caso de que resulte premiada.

Esta cesión será de forma exclusiva durante tres años, contados a partir de la fecha de su publicación. A partir de entonces, aunque el editor posea el derecho de edición, yo como autora podré disponer de mi obra para otras publicaciones, indicando siempre en ellas su condición de Premio del Concurso de Tantaocuentos de la Revista Adios.

En caso de que la obra no sea premiada, la Revista destruirá el documento enviado sin hacer copia ni publicaciones del mismo sin preguntar a su autora.

Marina Bolaños (DNI 70085588B)